

notas, el facilitarnos el recorrido; porque de entrada el escenario —el antiguo sistema jurídico— fue planteado con precisión, porque nunca se descuidó el elemento humano e individual inscrito en la casuística de la monarquía hispana. Dicho de otra forma, este libro es un modelo que convoca a otros similares: sobre los abogados, sobre los relatores y, por qué no sobre los oidores de la Audiencia de México. Todos ellos piezas esenciales del rompecabezas. Y así los pasillos de la historia se seguirán animando.

Thomas Calvo
El Colegio de Michoacán

ÁNGEL HERRERÍN, *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de la posguerra (1939-1947)*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 2007, 252 pp. ISBN 978-84-323-1290-8

Cuando la guerra civil se acercaba a su fin el jefe de gobierno republicano, Juan Negrín, previendo que la derrota implicaría un exilio masivo al que habría que atender, colocó fondos en el extranjero. Con ellos creó en su momento el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE), cuya representación en México fue el Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE). Poco después, en parte gracias al azar, pero también con la anuencia del presidente Lázaro Cárdenas, los recursos destinados al CTARE que llegaron en el famoso yate *Vita* a costas mexicanas fueron a dar a manos de Indalecio Prieto, ex ministro socialista y acérrimo opositor de Negrín. Con ellos y otros provenientes de ventas de material aeronáutico y valores de diversas nacionalidades, y contando con el aval del Congreso de los Diputados, Prieto creó la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), de la cual fue el hombre fuerte.

La existencia de dos organismos de ayuda, significó la consumación de la fractura del bando republicano generada durante la guerra. Pero la historia de estos organismos no sólo nos remite a las pugnas políticas que atravesaban el exilio, también al controvertido tema del destino de los fondos españoles que se colocaron en el exterior y, quizá más importante aún, es fundamental para entender los primeros años del destierro. Sin ellos las penurias de los refugiados en Francia hubieran sido mucho mayores, porque en buena medida ambas instituciones se encargaron de soportar los gastos que ocasionaban, y la reemigración a México, Chile y República Dominicana no hubiera sucedido o hubiera sido diferente y mucho menor, porque los tres países pusieron como condición para recibir refugiados que pagaran su transporte y los gastos que generaría su establecimiento, condiciones ambas que cumplieron el SERE y la JARE.

El libro de Ángel Herrerín estudia la JARE y en menor medida las dos instituciones que la sucedieron. Hay que recordar que la Junta, creada en 1939, dejó de existir como tal en 1942 cuando el gobierno mexicano se hizo cargo de sus recursos y administración a través de la CAFARE (Comisión Administradora de los Fondos de Ayuda a los Republicanos Españoles), que a su vez entregó el remanente al gobierno republicano reestructurado en México en 1945, el cual lo administró hasta 1948, fecha en la que se agotaron.

Apoyándose en documentación depositada en diversos archivos, principalmente el de la Fundación Indalecio Prieto, el del Ministerio de Asuntos Exteriores, ambos en Madrid, y el de la Guerra Civil, en Salamanca, el autor reconstruye la formación de la Junta, calcula el monto de sus valores y pasa revista a la labor que ésta desplegó, principalmente en México y en Francia, pero también África del norte y República Dominicana. El último capítulo del libro arroja nueva luz sobre por qué la Junta fue intervenida por el gobierno mexicano, pasa rápidamente sobre

la actuación de la CAFARE y cierra mostrando cómo resultaron infructuosos todos los esfuerzos del gobierno republicano en el exilio para que le rindieran cuentas quienes encabezaron tanto la JARE como el SERE.

Aunque la historiografía acerca del exilio es abundante y sigue incrementándose, claramente se han privilegiado unos temas en detrimento de otros, y entre éstos están justamente los organismos de ayuda. Es verdad que por largos años no se tenía acceso a las fuentes documentales necesarias, pero esto explica sólo en parte el vacío historiográfico. También es cierto que se optó y se sigue optando por mirar hacia otro lado porque esclarecer lo sucedido con estos organismos, implica, como evidencia el libro, adentrarse en una historia marcada por los claroscuros. Así que hay que celebrar la audacia del autor por incursionar en estos terrenos y también la aparición de un libro que más que la suma de historias individuales, es un fragmento fundamental de la historia del colectivo, de todos los refugiados.

Esta reseña no quiere ser un resumen del texto de Ángel Herrerín, sino exponer algunas de sus aportaciones. Quisiera empezar con algo poco conocido que nos recuerda el autor, que Indalecio Prieto al frente de la JARE intentó una negociación con Francisco Franco consistente en la entrega de los bienes españoles que estaban en México a cambio de la repatriación sin temor a represalias de la mayoría de los refugiados. El dictador no aceptó la propuesta, como antes había rechazado una parecida de parte de Negrín. De cualquier manera la repatriación fue de tal magnitud que en diciembre del 1939 sólo permanecían en Francia alrededor de 200 000 refugiados, a los que habría que sumar unos pocos miles más que habían logrado reemigrar a terceros países, y continuó después de esta fecha hasta que el saldo definitivo del exilio se estableció en alrededor de 160 000 españoles, número considerablemente menor al casi 500 000 refugiados de comienzos de 1939, pero que significa que había muchas personas

que requerían de atención en momentos terribles de la historia de Europa y del mundo. Es imposible valorar cabalmente lo que para ellos significaron los organismos de ayuda, se pueden enlistar las acciones llevadas a cabo, se pueden hacer cuentas de los recursos que en ello se invirtió, pero lo que siempre será imposible medir es qué significaron el SERE y la JARE en términos de sobrevivencia, de vida, para los que recibieron su apoyo.

A los refugiados en Francia, y en menor medida en otros países, se les ofrecieron diversos tipos de ayuda. A los que se establecieron en países americanos se les pagó el transporte transoceánico, y después de su arribo, destacadamente en México, se les apoyó con socorros, asistencia médica, creación de empleos, fundación de colegios para sus hijos y de una red de instituciones para acoger a los recién llegados, algunas de las cuales han tenido larga vida y han sido importantes también para los mexicanos.

Pero el libro pone también en evidencia varias facetas de esta historia que distan de ser encomiables. La primera es que a pesar del acucioso trabajo de Herrerín, no fue posible establecer a cuánto ascendieron los bienes con los que contó la JARE, en buena medida porque nunca hubo un inventario del cargamento del *Vita*, pero también porque los que encabezaron la Junta se negaron una y otra vez con toda clase de pretextos a rendir cuentas, como tampoco lo hicieron los responsables del SERE, lo que nos habla de falta de transparencia. Aun así la investigación confirma que los recursos eran muy cuantiosos, aunque no fabulosos como cuenta la leyenda que se generó alrededor del famoso yate. La CAFARE estimó en su momento los valores de la JARE en 40 000 000 de pesos, las pesquisas de Herrerín los hacen ascender a 55 000 000 [unos 11 000 000 de dólares]. Si a ellos sumamos los 9 o 10 000 000 de pesos que la Comisión estimó como el gasto del CTARE, observamos que la suma de los recursos de ambos organismos de ayuda es equivalente a más de 10% del presupuesto nacional del gobierno de México para el año 1939. Lamentablemente

la información disponible no permite hacer un comparativo que muestre qué porcentaje del total se dedicó a cada país.

Pero si no es posible precisar cantidades, el autor sí logra mostrar que la gestión de la JARE estuvo marcada por la misma inequidad —o aún mayor— que le había atribuido al SERE. La discriminación pasó por dos vías: una partidista o partidaria y otra elitista o clasista. Por testimonios de los propios refugiados teníamos claros indicios de que ambos criterios habían sido aplicados por los organismos de ayuda, y este libro proporciona cifras que vuelven esto una verdad incontrastable. Veamos algunas muestras. El análisis de quiénes embarcaron en uno de los viajes del vapor *Nyassa* pone de manifiesto que 76% de los pasajeros eran socialistas —debemos suponer que prietistas—, republicanos y nacionalistas catalanes y vascos, mientras los comunistas y libertarios no llegaban a 3% (pp. 89-90). Esta discriminación se puede observar también en la distribución de socorros en México y en los apoyos que recibieron los refugiados en República Dominicana. Por ejemplo, durante los dos primeros meses de funcionamiento de la Comisión de Socorros en México, no se apoyó a un solo comunista; los que sí recibieron ayuda fueron 40% socialistas, 21% republicanos, 17% libertarios, 12% nacionalistas catalanes y vascos (p. 27).

Menos se sabe, aunque seguramente afectó a más personas, de la discriminación que podemos llamar social, es decir las decisiones y acciones que tendieron a privilegiar a las élites del exilio en detrimento del resto de los refugiados. Ya hace unos años Pilar Domínguez, la primera historiadora que trabajó sistemáticamente los documentos de la JARE, puso de manifiesto que los apoyos económicos fueron muy poco equitativos, y Herrerín lo confirma con cifras como éstas: de los cerca de 5 000 000 de francos destinados a los refugiados en Francia a finales de 1940, casi 40% fueron para atender a 4 000, entre ellos los altos cargos de los gobiernos republicano y de las autonomías catalana y vas-

ca, mientras que 60% habría de ser para atender a los cerca de 130 000 restantes. Este comportamiento se repitió en México, República Dominicana y otros países.

Otras cifras parecen avalar la existencia de este tipo de discriminación. En uno de los viajes del vapor *Nyassa* viajaron un número importante de personas que no tenían ninguna filiación política, 14% de los pasajeros (p. 89), porcentaje muy alto para un exilio. Si complementamos esta información con la que ofrecen varios testimonios de refugiados en el sentido de que en los barcos venía un número considerable de personas que no tenían mucho que temer, parece confirmarse que en el otorgamiento de beneficios no sólo actuó el criterio político-partidista, sino lo que todos conocemos como “influyentismo”. Es decir, otra vía para verse favorecido era estar cerca de las cúpulas de las organizaciones políticas, sindicales o de los propios organismos de ayuda, y eso, como muestra la composición social de los barcos financiados por el SERE, implicó favorecer a las élites políticas y culturales, y en general a sectores de clase media, en detrimento de los trabajadores.

Este “clasismo” se puede observar también en la manera como un par de dirigentes de la JARE se referían a los Niños de Morelia, que sin duda deben contarse entre los refugiados más modestos. El maestro Jesús Revaque, escribió como parte de un informe sobre estos niños que “mantenerlos estudiando ‘lo estimamos un error fundamental. No hay uno solo que por su talento o afición al estudio, merezca ser becado’.” (p. 38) Este planteamiento particularmente chocante en boca de un pedagogo es, además, injusto. No era verdad que todos los Niños de Morelia estuvieran negados para el estudio, como lo demostraron en sus trayectorias personales posteriores, tampoco lo era, seguramente, que todos los que asistían becados al Colegio Madrid fueran buenos estudiantes. ¿Qué diferenciaba a unos de otros? Quizá, como dijo Indalecio Prieto, que los de Morelia eran “talluditos”.

Habiendo escapado un grupo de ellos de la escuela michoacana llegaron caminando a la ciudad de México y se acercaron a la JARE donde al parecer no se consideró que estuvieran muy necesitados, ya que Prieto los consideraba: “tan talluditos, porque al parecer el menor cuenta quince años.” (p. 41) Talludo significa tanto que ya iban siendo mayores como que se encontraban viciados en algo de difícil desarraigo. Un buen conocedor del idioma como lo era Prieto sabía muy bien lo que quería decir.

Pero no sólo los Niños de Morelia fueron tratados como refugiados de segunda categoría, muchos otros también estuvieron lejos de recibir el trato dispensado al huérfano de Julián Zugazagoitia, quien como es sabido fue fusilado por el dictador. A éste se le “concedió con carácter indefinido un subsidio de 90 pesos mensuales y costearle en la academia o academias los estudios de taquigrafía, mecanografía, contabilidad e inglés que desease realizar.” (p. 30).

Finalmente hay que anotar un tercer tema que sin duda se ha esclarecido con el libro de Herrerín: las desavenencias entre la JARE y el gobierno mexicano. Una de ellas tuvo que ver justamente con los criterios de selección de los que habrían de embarcar hacia México. Aunque Prieto había criticado en los primeros tiempos del exilio que la selección se hiciera a través de cuotas políticas, y la JARE en sus comienzos había establecido que la prioridad de la emigración deberían ser los que estaban en campos de concentración, y de entre ellos los mutilados de guerra, conforme avanzaba la guerra mundial cambiaron sus criterios. La Junta insistió en la urgencia de que salieran de Francia las personalidades políticas más destacadas. Así argumentaba Antoni Maria Sbert ante el gran paladín de los refugiados, el embajador mexicano Luis I. Rodríguez, la necesidad de privilegiar a unos refugiados en la elaboración de las listas de embarque: “sería paradójal [*sic*] que esta tendencia del anarquismo primario [que todos los refugiados fueran considerados iguales] aparecie-

ra triunfante en el destierro, en oposición a todas las jerarquías individuales, políticas y de trabajo, que no pudo abolir la revolución ni en España ni en ningún país.” (p. 77).

No le faltaban razones a Sbert dadas las extradiciones solicitadas por el gobierno de Franco, pero el embajador mexicano, seguramente un “anarquista primario”, respondió que su gobierno le había encomendado protegerlos a todos más allá de sus diferencias internas: “Españoles son todos. Responsables son todos. Víctimas del infortunio son todos. Salvar al mayor número de gente debe ser nuestra preocupación fundamental y de manera ninguna, en forma exclusiva, a quiénes actuaron como dirigentes de los políticos.” (p. 78).

El gobierno de Cárdenas también insistía, como después lo hizo el de Manuel Ávila Camacho, en que los criterios de selección fueran de acuerdo con las necesidades laborales de México y la capacidad del país para su incorporación, es decir, que la mayoría fueran campesinos y, en menor medida, trabajadores calificados. Los refugiados llegados al amparo del SERE en los primeros tiempos no se ajustaron a estas indicaciones, se presionaba para que esto no volviera a suceder.

Pero lo que habría de llevar a Ávila Camacho a la “incautación” de los bienes de la Junta no fueron las diferencias dentro del propio exilio, aunque significaron muchas complicaciones para el gobierno de México, ni el que no se respetaran sus indicaciones en la selección de refugiados, sino el engaño del que fue víctima por parte de los dirigentes de la JARE respecto a los bienes con los que ésta contaba. Una cadena de circunstancias puso de manifiesto que la JARE tenía 2 300 000 dólares de los que no se había informado a México. Se ha argumentado, entre otras cosas, que Prieto tenía esta reserva porque temía que Ávila Camacho restableciera relaciones diplomáticas con la España de Franco. No fue así, como sabemos, ni con él ni con los subsiguientes gobiernos mexicanos.

Una vez que los recursos estuvieron en manos mexicanas, todo parece indicar que se manejaron de manera transparente y escrupulosa, de tal suerte que la CAFARE no tuvo problemas para entregar en 1945 cuentas claras al gobierno de José Giral.

Si, como el título lo indica, lo que quería hacer Ángel Herrerrín era poner en claro lo sucedido con los dineros de la JARE, este objetivo, a pesar del esfuerzo realizado, no se pudo cumplir plenamente. Tampoco lo que propone el subtítulo “Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra” se agota ni podría agotarse en el libro. Pero al rastrear en los archivos ambas problemáticas, el autor nos ha desvelado, además, muchos otros elementos importantes de la historia de los primeros años del exilio y nos ha permitido confirmar que esta etapa sólo se comprenderá a través de la consulta exhaustiva de los abundantes materiales generados por los organismos de ayuda. Por lo pronto, hoy por hoy, para los estudiosos del exilio el libro de Herrerrín pasa a formar parte de los indispensables.

Dolores Pla Brugat

Instituto Nacional de Antropología e Historia

MARCO PALACIOS (coord.), *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*, Bogotá, Colombia, Grupo Editorial Norma, 2009, 414 pp. ISBN 9789584522313

Los trece ensayos que componen este libro, coordinado e introducido por Marco Palacios, buscan ofrecer una perspectiva general actualizada de la crisis de independencia y la construcción de los nuevos estados nacionales en la América hispana, y al mismo tiempo repasar de los tópicos en debate en el medio historio-